

Digan lo que quieran, no le creo capaz de tan atroz injusticia. Ya veremos. Exijo de vos y de madama Denis que queméis las cartas que os escribo por este correo. Adiós, mis queridos ángeles.

Á MADAMA DENIS

EN PARÍS

Berlin, 15 de Marzo de 1753.

Empiezo á restablecerme, querida hija. Espero que vuestra antigua predicción no se realizará por completo. El rey de Prusia me ha enviado quinina durante mi enfermedad; pero no es esto lo que necesito, sino mi licencia. Le he pedido permiso para ir á Plombières, y no acertaréis, seguramente, cuál ha sido su respuesta. Me ha hecho escribir por su secretario que había aguas excelentes en Glatz hacia Moravia.

Esto es horriblemente vandálico y muy poco digno de Salomón. Es como si me envasen á tomar las aguas á Siberia. ¿Qué queréis que haga? No tengo más remedio que ir á Postdam; entonces no podrá negarme el permiso. No sostendrá su empeño en presencia de un hombre que le ha enseñado dos años y cuya vista le inspirará remordimientos. Esta es mi última resolución.

Al cabo de cuenta, aunque todo esto no sea propio de nuestro siglo, los toros de Fálaris y los lechos de hierro de Busiris ya no están de moda, y este nuevo Salomón no querrá ser ni Busiris ni Fálaris. Aborrezco este país y tengo preparado mi equipaje. He enviado todo lo mío fuera de Brandeburgo; ya no queda aquí más que mi persona.

Tengo el corazón oprimido con todo lo que veo y oigo; son tantas las cosas que tendría que deciros, que no os digo nada.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Francfort del Meno, 4 de Junio de 1753.

Cuando sepáis, mi querido ángel, todas las persecuciones que me ha procurado Maupertuis, no os sorprendería que haya estado tan largo tiempo sin escribiros. Cuando sepáis que he estado siempre en camino ó enfermo y que contaba con abrazaros muy pronto, me perdonaréis más aún; y cuando sepáis todo lo demás, compadeceréis mucho á vuestro antiguo amigo. Os dirijo mi carta á París, pues sé que un consejero de honor no interviene en la querrela de los consejeros ordinarios, y es demasiado prudente para viajar. He viajado, mi querido y respetable amigo, y la paloma tiene el ala rota antes de volver al palomar. Por otra parte, me veo obligado á permanecer algún tiempo en Francfort, en donde he caído enfermo. He sabido, al pasar por Cassel, que Maupertuis había estado allí cuatro días bajo el nombre de Morel, y que había hecho imprimir un libelo de La Beaumelle, con la fecha de Francfort, revisto y corregido por él. Observaréis que imprimía esta obra en el mes de Mayo, con el nombre de La Beaumelle, siendo así que éste se hallaba en la Bastilla desde el mes de Abril. Está muy mal calculado para un geómetra. Lo envió al señor duque de Sajonia Gotha, cuando yo me hallaba en casa de dicho príncipe. También fué un mal cálculo, pues sólo consiguió que el señor duque y toda su casa se mostrasen mucho más bondadosos conmigo.

He aquí una extraña conducta en un presidente de Academia. Es necesario para mi justificación que se sepa todo esto. Estos son sus artificios, y lo mismo se conducía próximamente con otras personas, cuando sembraba la cizaña en la Academia de Ciencias. Esta vida, mi querido ángel, me parece borrascosa. No sabe uno dónde meterse. Era preciso haberse quedado en vuestra compañía. No me riñáis, pues bien castigado he salido, y harto lo siente mi corazón. Me imagino que vos y madama d'Argental, así como vuestros amigos, me compadecéis tanto como me condenáis. Madama Denis está en Estrasburgo, y yo en Francfort, y no me es posible ir á buscarla. He llegado con las piernas y las manos hinchadas. Este pequeño aumento en mis dolencias no me favorece nada para el viaje. Permaneceré en Francfort en el lecho hasta que Dios quiera.

Adiós, mi querido ángel. Beso á todos la punta de las alas con ternura y compunción. Es, por desgracia, muy probable que tenga que permanecer aquí el tiempo suficiente para recibir el consuelo de una de vuestras cartas, en lugar de tener el de abrazaros.

Á FRANCISCO I

EMPERADOR DE ALEMANIA

Francfort, 5 de Junio de 1753.

Señor, más que al emperador me atrevo á recurrir al hombre más honrado de Europa, en una circunstancia que tal vez os asombrará, y que me hace esperar en secreto su protección.

Su Sacra Majestad me permitirá ante todo que le

haga ver de qué modo me hizo el rey de Prusia abandonar mi patria, mi familia y mis empleos en edad avanzada. La copia adjunta ¹, que me tomo la libertad de presentar á la compasiva bondad de Su Majestad, le pondrá al corriente de todo.

Después de la lectura de esta carta del rey de Prusia podría causar asombro lo que acaba de ocurrir secretamente en Francfort.

Recién llegado á esta ciudad el 1.º de Junio, el señor Freytag, ministro residente de Brandeburgo, vino á mi habitación, acompañado de un oficial prusiano y de un abogado que pertenece al Senado, y se llama Bucker.

Me pidió un libro impreso que contenía las poesías del rey su amo, en verso francés.

Es un libro sobre el que yo tenía algún derecho, y que el rey de Prusia me había dado cuando regaló ejemplares de sus obras. Dije al residente de Brandeburgo que estoy dispuesto á devolver al rey su amo todas las mercedes con que me ha honrado, pero que dicho volumen se halla aún tal vez en Hamburgo, en una caja de libros dispuesta para el embarque; que voy á los baños de Plombières casi moribundo, y que le ruego que me deje continuar mi camino, á fin de salvar mi vida. Me responde que va hacer poner una guardia á mi puerta; me obliga á firmar un escrito en que prometo no salir de aquí hasta que hayan vuelto las poesías del rey su señor, y me da un billete escrito de su mano concebido en estos términos:

«Inmediatamente que llegue el fardo que, según decís, está en Leipzig ó en Hamburgo, y que me hayáis devuelto las poesías que el rey pide, podréis partir adonde os plazca.»

1. De la carta de Federico, de 23 de Agosto de 1750.

He escrito inmediatamente á Hamburgo para hacer venir las poesías á causa de las cuales estoy prisionero en una ciudad imperial, sin ninguna formalidad, sin la más pequeña orden de ningún magistrado, y sin la menor apariencia de justicia. No importaría Vuestra Sacra Majestad si sólo se tratase de permanecer prisionero hasta que lleguen á Francfort las poesías que M. Freytag pide; pero temo, por ciertos indicios, que M. Freytag abrigue designios más violentos, creyendo hacer la corte á su amo; con tanta más razón cuanto que esta aventura permanece aún en el más profundo secreto.

Estoy muy lejos de sospechar que un gran rey sea capaz de llegar, en semejante asunto, á extremos que rechazarían su dignidad lo mismo que su justicia, tratándose, sobre todo, de un anciano moribundo que se lo ha sacrificado todo, que no le ha faltado nunca, que no es su súbdito, que no es ya su chambelán, y que es libre. Me creería criminal si le faltase al respeto hasta el punto de temer de él una acción odiosa... Pero es muy verosímil que su ministro residente se deje arrastrar á cometer funestos actos de violencia por ignorar los nobles y generosos sentimientos de su amo.

En tan cruel estado se echa, pues, á los pies de Vuestra Sacra Majestad un enfermo moribundo para conjuraros á que os dignéis ordenar, con la bondad y el secreto que semejante situación me obligan á implorar, que no se cometa conmigo ningún desafuero en su ciudad imperial de Francfort.

Puede Su Majestad ordenar á su ministro en esta ciudad que me tome bajo su protección, ó hacerme recomendar á un magistrado adicto á su augusta persona.

Su Sacra Majestad tiene mil medios de proteger las leyes del imperio y de Francfort, y no creo que viva

mos en una época tan desgraciada que M. Freytag pueda impunemente apoderarse de la persona y de la vida de un extranjero en la ciudad en que fué coronado Vuestra Sacra Majestad.

Desearia antes de mi muerte poder ser bastante feliz para echarme un momento á sus piés. Su Alteza Real, madama la Duquesa de Lorena¹, vuestra madre, me honraba con sus bondades. Hasta me atrevo á esperar que Su Sacra Majestad llevaria la indulgencia hasta el punto de no disgustarse si tuviese el honor de presentarme en su real presencia y de hablarle.

Suplico á Vuestra Majestad imperial me perdone la libertad que me tomo al escribirle, y sobre todo al mostrarle con tan larga carta; pero su bondad y su justicia me sirven de excusa.

Le suplico también que dispense mi ignorancia si he faltado á algún deber en esta carta, que no es más que una petición secreta y llena de sumisión. Ya se ha dignado darme una prueba de su bondad, y ahora espero una de su justicia.

Soy, con el más profundo respeto, etc.

VOLTAIRE,
gentilhombre ordinario de Su Majestad
Cristianísima.

Á MADAMA DENIS

Maguncia, 9 de Julio de 1753.

Hacia tres ó cuatro años que no había llorado, y contaba con que mis viejas pupilas no incurrirían en esta debilidad hasta la hora de cerrarse para siempre. Ayer me halló deshecho en lágrimas el secretario del

1. Carlota de Orleáns, hermana del Regente, muerta en 1774.

conde de Stadión. Lloraba vuestra partida y vuestra permanencia á mi lado; la atrocidad de lo que habéis sufrido no me parecía tan enorme cuando estábais en mi compañía; vuestra paciencia y vuestro valor me animaban; pero después de vuestra partida no hay nada que me sostenga. Creo que esto es un sueño, y que pasó en tiempos de Dionisio de Siracusa : me pregunto si es cierto que una dama de París que viajaba con un pasaporte del rey su amo ha sido conducida entre soldados por las calles de Francfort á una prisión, sin forma ninguna de proceso, sin criados, teniendo á su puerta cuatro soldados con bayoneta calada, y obligada á sufrir que un empleado de Freytag, un malvado de la peor especie, pasase la noche en su habitación. Cuando prendieron á la Brinvilliers, jamás estuvo solo con ella el verdugo : no hay ejemplo de indecencia tan bárbara. Y ¿cuál era vuestro crimen? Haber recorrido doscientas leguas para conducir á las aguas de Plombières á un tío moribundo, á quien considerábais como vuestro padre.

Es muy triste, sin duda, para el rey de Prusia el que no haya reparado todavía la indignidad cometida en su nombre por un hombre que se dice su ministro. Pase lo hecho conmigo : me había hecho detener para apoderarse de su tomo impreso de poesías, que me había regalado, y al que yo tenía algún derecho; me lo había dejado como prenda de sus bondades y como recompensa de mis cuidados: ha querido anular esta dádiva; no tenía más que decir una palabra, y no valía la pena de reducir á prisión á un anciano que iba á tomar aguas. Hubiera podido recordar que desde hace más de quince años estaba tratando de seducirme con sus bondades; que en mi vejez me había sacado de mi patria; que había trabajado con él dos años seguidos

para perfeccionar su ingenio; que le he servido bien y no le he faltado en nada; que, por último, es muy indigno de su categoría y de su gloria tomar partido en una querrela académica, y acabar, por toda recompensa, exigiéndome sus poesías por medio de unos soldados.

Espero que conocerá tarde ó temprano que se ha dejado llevar demasiado lejos; que mi enemigo le ha engañado, y que ni como autor ni como rey debía amargar de esta suerte el fin de mis días. Se ha aconsejado con su cólera. Después tendrá que aconsejarse con su razón y su bondad. ¿Pero qué hará para reparar el ultraje abominable que os han hecho en su nombre? Mylord Marechal será sin duda encargado de haceros olvidar en lo posible la horrible conducta de Freytag.

Acaban de enviarme dos cartas para vos; hay una de madama de Fontaine, que no tiene nada de consolador. Siguen diciendo todavía que he sido prusiano. Si con esto se pretende asegurar que he correspondido con adhesión y entusiasmo á las extraordinarias pruebas de cariño que el rey de Prusia me ha dispensado durante quince años seguidos, tienen razón; pero si se pretende que he sido su súbdito, y que he dejado de ser francés un solo momento, se equivocan. El rey de Prusia no lo ha pretendido nunca ni me lo ha propuesto. No me ha dado la llave de chambelán sino como una prueba de bondad, que él mismo llama frívola en los versos que me dirigió al darme la llave y la cruz que he entregado á sus pies. Esto no exigía ni juramento ni naturalización. No es uno súbdito de un rey por llevar una condecoración. M. d'Ecouville, que está en Normandía, tiene aún la llave de chambelán del rey de Prusia, que lleva lo mismo que la cruz de San Luis.

Sería de su parte una injusticia muy grande el no considerarme como francés, siendo así que he conservado mi casa en París y he pagado la contribución. ¿Puede pretenderse seriamente que el autor del *Siglo de Luis XIV* no es francés? ¿Se atrevería nadie á decir esto ante las estatuas de Luis XIV y Enrique IV, y hasta podría decir en presencia de Luis XV, pues soy el único académico que hizo su panegirico cuando nos dió la paz? Este panegirico lo tiene el mismo rey traducido en seis lenguas.

Puede suceder que Su Majestad prusiana, engañada por mi enemigo, y en virtud de un movimiento de cólera, haya irritado al rey mi amo contra mí; pero todo cederá á su justicia y á su grandeza de alma. Será el primero en pedir al rey mi amo que me permita acabar mis días en mi patria; se acordará de que ha sido mi discípulo, y de que no he sacado de mi estancia en su corte otra cosa que el honor de haberle puesto en disposición de escribir mejor que yo. Se contentará con esta superioridad, y no querrá servirse de la que le da su situación para abrumar á un extranjero que le ha enseñado algunas veces, y que le ha querido y respetado siempre. No podría imputarle las cartas que corren contra mí con su nombre: es demasiado grande y demasiado elevado para ultrajar á un particular en sus cartas: sabe demasiado cómo debe escribir un rey, y conoce lo que valen las conveniencias; sobre todo, ha nacido para hacer gala de bondad y de clemencia. Tal era el carácter de nuestro buen Enrique IV. Se irritaba pronto, pero se calmaba también pronto; el mal humor sólo duraba en él algunos momentos, mientras que la humanidad le inspiró toda su vida.

He aquí, hija mía, lo que un tío, ó más bien un padre enfermo, dicta con destino á su hija. Me alegraría

mucho de que llegáseis con buena salud. Saludad en mi nombre á vuestro hermano y hermana. Adiós. ¡Ojalá que pueda ir á morir en vuestros brazos, ignorado de los hombres y de los reyes!

RESPUESTA DE MADAMA DENIS

Á M. DE VOLTAIRE

París, 26 de Agosto de 1753.

Me cuesta mucho trabajo escribiros, querido tío; hago un esfuerzo sólo por tratarse de vos. La indignación universal, el horror y la piedad que han excitado las atrocidades de Francfort, no me curan. ¡Quiera Dios que mi antigua predicción de que el rey de Prusia os haría morir, no se cumpla en mí! En ocho días me han sangrado cuatro veces. La mayor parte de los ministros extranjeros han acudido á informarse del estado de mi salud: diríase que quieren reparar la barbarie cometida en Francfort.

No hay nadie en Francia, y digo nadie sin excepción, que no haya condenado esta violencia, mezclada con tanta ridiculez y crueldad. Produce más impresión que la que podéis figuraros. Mylord Marechal hace lo posible por condenar en Versalles y en todas las casas lo que ha pasado en Francfort. Ha asegurado, de parte de su amo, que éste era extraño al asunto; pero he aquí lo que me escribe de Postdam, el 12 de este mes, el señor de Federsdoff: «Declaro que he honrado siempre á M. de Voltaire como á un padre, y que estoy siempre dispuesto á servirlo. Todo lo que os ha sucedido en Francfort ha sido hecho por orden del rey. Finalmente, deseo que disfrutéis siempre de una prosperidad sin igual, y soy siempre, etc.»

Los que han visto esta carta han quedado confundidos. Todo el mundo dice que no os queda más partido que tomar que el que habéis tomado, ó sea el de oponer la filosofía á cosas tan poco filosóficas. El público juzga á los hombres sin tener en cuenta su estado, y habéis ganado el proceso en su tribunal. Hacemos muy bien ambos en callarnos; el público habla suficientemente.

Todo lo que he sufrido aumenta mi cariño hacia vos, é iría á buscaros á Estrasburgo ó á Plombières si pudiera abandonar el lecho.

Á SU ALTEZA SERENÍSIMA EL LANDGRAVE
DE HESSE CASSEL

En Suhwetzigen, cerca de Manheim,
el 4 de Agosto de 1753.

Monseñor: Vuestra Alteza Serenísima me ha recomendado que le diese cuenta del final de la odiosa aventura de Francfort. El rey de Prusia la ha hecho condenar por boca de su enviado en Francia. Sin embargo, el acto de piratería ejercido por Freytag, que se dice ministro del rey de Prusia en Francfort, no ha sido aún objeto de reparación. Los efectos robados no han sido restituidos, ni nos han devuelto el dinero que nos sacaron del bolsillo. No se necesitan formalidades para robar, y se necesitan para restituir. Todo hace creer que el consejo de la ciudad de Francfort no querrá cubrirse de oprobio; y es de esperar que el rey de Prusia tome justicia de ese desdichado que ha cometido violencias tan atroces, ya por hacer méritos para con su amo, ya solamente para robar á unos extranjeros. Tal vez hubiera sido preciso permanecer allí

para obtener pronta justicia. He aquí por qué había tenido el propósito de pasar algunas semanas en Hannau. Pero mi salud y las bondades de mi corte me han llamado á Francia, y cuento con volver allá después de haber aprovechado algún tiempo la excelente acogida que me ofrece la corte de Manheim, sin que esto me pueda hacer olvidar la vuestra. Toda mi vida quedaré agradecido, monseñor, á las bondades con que ha tenido á bien honrarme Vuestra Alteza Serenísima desde que tuve el honor de hacerle la corte en París. Si fuese más joven, me lisonjearía con poder ir de nuevo á ponerme á sus pies. Pero si no tengo este consuelo, tendré al menos el de pensar que me seguís dispensando vuestra benevolencia, y Vuestra Alteza Serenísima puede contar, hasta el último momento de mi vida, con mi adhesión y con mi más profundo respeto y cariñosa abnegación.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Estrasburgo, 19 de Agosto de 1753.

Mi querido ángel: Ignoro si madama Denis os ha dado una carta que os escribí hallándome muy triste y muy enfermo. He pasado á Francia, deteniéndome donde quiera que hallaba buena acogida, y, sobre todo, en casa del elector palatino. Me diréis que debo estar harto de electores¹; pero éste es muy consolador.

Por último, me dirigía poquito á poco á Plombières á tomar las aguas por orden del rey; pero en virtud de la prescripción de Gervasi, que es el mejor de los médicos, me quedo algún tiempo en Estrasburgo. Parece que tengo tendencias á la hidropesía. Nadie lo hubiera

1. Federico II era elector de Brandeburgo.

dicho; pero, como sabéis, no hay nada más seco que un hidrópico. Gervasi ha juzgado que las aguas no eran buenas para curar las otras aguas, y me ha condenado á las cochinillas ¹. Más de una vez he sido conde- nado en mi vida á andar con animales.

He hallado aquí á la hija de Mónima ², á quien vues- tras bondades prestaron en otro tiempo un buen ser- vicio salvándole su patrimonio. Es una criatura muy digna de lástima. Hasta temo que el pretor, su padre, que no era un pretor romano, le haya hecho perder parte de lo que vos salvásteis. He buscado en sus ras- gos alguna semejanza con la de vuestra antigua amiga, y no la he hallado. No por eso dejo de interesarme por su triste suerte.

El abate de Aïdie, que ha pasado por aquí con el cardenal de Soubise, me ha hecho una ligera visita. Le veréis probablemente pronto, y no será en Pon- toise. Me lisonjeo pensando que debéis hacer á París frecuentes viajes, y que si os desterráis por respeto humano, volvéis impulsado por la afición á visitar á vuestros amigos. Ignoro completamente cuándo tendré el consuelo de abrazaros con mis manos hinchadas. Creo que si me halláis con vida, me haréis pasar un mal rato. Esto quiere decir que me haréis hacer aún una tragedia. El elector palatino ha tenido la galante- ría de hacer representar cuatro de mis piezas. Esto ha reanimado mi antigua inspiración, y me he puesto, á pesar de estar moribundo, á trazar el plan de una pieza nueva llena de amor. Estoy avergonzado, éstos son sueños de un viejo loco. Mientras que esté en Estras- burgo con los dedos hinchados, no tendré ánimos para

1. Servían de remedio contra la hidropesía.

2 Mademoiselle Daudet, hija de Adriana Lecouvreur y de M. de Klingin, pretor real de Estrasburgo.

trabajar; pero si os llego á ver, mi querido ángel, no respondo de nada.

¿Cómo está Madama d'Argental? ¿Qué hay de vuestros amigos, de vuestros placeres y de vuestro Pontoise? ¿Habéis visto á mi pobre sobrina, la mártir del cariño y la víctima de los vándalos? ¿No habéis quedado asombrado? La aventura no tiene igual. Ja- más se había visto hasta ahora una parisiense reducida á prisión en el país de los brúcteros, por causa de las poesías de un rey de los borusos. La verdad es que el caso es raro.

Ángel mío, todo lo que veis os hará más filósofo que nunca. Si os dijese que lo sois, ¿me creeríais? Yo mismo no lo creo. Sin embargo, desde Gotha hasta Estras- burgo, tanto en el poder de los príncipes como en el de los yangüeses, y lo mismo en los palacios que en la prisión, he trabajado tranquilamente cinco horas por día en la misma obra. Aún trabajo con los dedos hinchados para deciros por escrito que os amo con la mayor ternura.

A M. DE MALESHERBES

Colmar, 25 de Diciembre de 1753.

Entre los emborronadores de papel que hacen votos por monsieur de Malesherbes, y que le desean felices años y le fastidian, hay uno, á orillas del Rhin, que le profesa un respeto tan cariñoso como la calle de Saint- Jacques junta ¹. Me tomo la libertad de enviaros los pliegos adjuntos. Si os dignáis recorrerlos, os suplico

1. Barrio de la librería, que dependía de la administración de monsieur de Malesherbes.

me perdonéis que os haga perder el tiempo, y os doy humildemente gracias por vuestra indulgencia.

Á M. DE MALESHERBES

Colmar, 24 de Febrero de 1754.

Señor: Las enfermedades que me abruma y me llevan á hacer compañía á monsieur de la Reynière¹, me privan del consuelo de hacerlos saber de mi propia mano cuánto me intereso por todo lo que os atañe. Permittedme, señor, que al mismo tiempo tenga el honor de enviaros el acta adjunta. Pongo también bajo vuestra protección una carta á monseñor el Canciller. La calumnia anda de prisa y la verdad muy despacio. ¿Por qué ha de ser más fácil decir al rey que he hecho un libro impertinente y ha de ser tan difícil decirle que no lo he hecho? El acta notarial² que tengo el honor de enviaros debe servir, por lo menos, para demostrar mi inocencia, ya que no para hacer cesar una persecución injusta. Nadie hay más inclinado que vos á glorificar la verdad, y tal vez una palabra de vuestra boca, dicha á tiempo, me impedirá morir fuera de mi patria. Suceda lo que quiera, seré hasta el último momento, con el mayor agradecimiento y respeto, vuestro muy humilde y muy obediente servidor.

P. S. Os suplico con el más vivo interés que os dignéis impedir la entrada de un nuevo libelo, titulado *Nuevo volumen del siglo de Luis XIV*, impreso en la Haya, en casa de Juan Van Duren.

1. Acababa de morir de una indigestión.

2. Documento en que constaba la comparación hecha ante notario del *compendio* publicado por Neaulme y del manuscrito de Voltaire.

A M. DE BRENLES

Colmar, 21 de Mayo de 1754.

Me creo ya vuestro amigo, señor, y suprimo las ceremonias y las fórmulas al principio de la página. Me intereso por vuestra felicidad como si fuese vuestro compatriota; la felicidad es un bien imperfecto cuando se vive solo. Ludovico Ariosto dice que *Senza moglie a lato, l'uom non puote esser di bontade perfetto*.

Hay que ser dos, por lo menos, para gozar de todas las dulzuras de la vida, y no hay que ser más que dos cuando se tiene una esposa como la que habéis encontrado. He hablado mucho de ella con la excelente señora Goll, que conoce todo el mérito que tiene madama de Brenles; habéis hallado una esposa digna de vos. Si hiciese yo aún versos, diría:

Il faut trois dieux dans un ménage:
L'amitié, l'estime et l'amour;
On dit qu'on les vit l'autre jour
Qui signaient votre mariage.

En cuanto á mí, señor, voy á buscar las náyades ferruginosas de Plombières. El triste estado en que me encuentro me impide ser testigo de vuestra felicidad.

Á M. DE CIDEVILLE

Plombières, 9 de Julio de 1754.

Mi querido y antiguo amigo: Aunque, según reza el refrán, gato escaldado del agua fría huye, me arriesgo al agua caliente. Ya sabéis que preferiría cien veces las náyades de Forges á las de Plombières. Ya sabéis

dónde desearía yo estar, y cuán agradable me hubiera sido morir en la patria de Corneille y en brazos de mi querido Cideville; pero no puedo vivir ni morir con arreglo á mis deseos. Por lo menos, tengo ahora á mi lado á una sobrina que me consuela hablándome de vos. No forjamos castillos en el aire, sino en Normandía, y nos figuramos que algún día podremos ir á veros. Me ha hablado, como vos, del poema de la *Agricultura*. Á vos correspondía el hacerlo, y decir:

O fortunatos nimium, sua nam bona noscunt.

VIRG., *Georg.*, II.

Por mi parte, digo:

Nos . . . dulcia linquinus arva.

VIRG., *Ecl.*, I.

Pero no me habléis mal de los libros de Dom Calmet.

Ses antiques fatras ne sont point inutiles ;
 Il faut des passe-temps de toutes les façons,
 Et l'on peut quelquefois supporter les Varrons,
 Quoiqu'on adore les Virgiles.

Por otra parte, para una persona que lea versos, hay ciento que leen historias. La afición á la poesía es el patrimonio de muy corto número de elegidos. Somos un rebaño muy corto y además disperso. Además, no sé si á mi edad me estaría aún bien cantar. Parece que tendría la voz algo ronca. ¿Y para qué cantar?

. . . deserti ad Strymonis undam?

VIRG., *Georg.*, IV.

Al fin me creo obligado á pensar seriamente en esa *Historia Universal*, de la que se han impreso algunos fragmentos tan indignamente desfigurados. Me han

obligado á poner de nuevo manos en una obra que yo había abandonado y que merecía todos mis cuidados. No eran los secos *Anales del imperio*; era el cuadro de los siglos, la historia del espíritu humano. Hubiera necesitado la paciencia de un benedictino y la pluma de un Bossuet. Por lo menos tendré la verdad de un Thou.

'No importa dónde se vive, con tal que se viva para las bellas artes, y la historia es la parte de las bellas letras que tiene más partidarios en todos los países.

Les fruits des rives du Permesse
 Ne croissent que dans le printemps ;
 D'Apollon les trésors brillants
 Font les charmes de la jeunesse,
 Et la froide et triste vieillesse
 N'est faite que pour le bon sens.

Adiós, mi querido amigo; madama Denis me ruega os envíe mil cariñosos saludos.

A. M. GUIGER

BARÓN DE PRANGINS

Castillo de Prangins, 12 de Febrero de 1755.

Nunca podremos, señor, expresar bastante nuestro agradecimiento, madama Denis y yo. Toda la familia de monsieur de Ribeaupierre se ha esmerado en dulcificar con sus muchos cuidados las enfermedades que me persiguen. Sobre todo ha contribuido á nuestro consuelo monsieur de Ribeaupierre hijo; es un joven que reúne, al mejor corazón del mundo, la inteligencia y la actividad. Los señores Tronchin y Labat, amigos nuestros, se han dignado también honrarnos con su amistad. Nos han procurado la casa de Saint-Jean (las De-